



1953: La paz de los llanos

Armando Borrero Mansilla

Exconsejero para la Defensa y Seguridad Nacional

Sociólogo (Universidad Nacional); postgrado en Ciencia Política (Universidad de Los Andes); especialista en Derecho Constitucional (Universidad Externado de Colombia); magíster en Defensa y Seguridad Nacional (Escuela Superior de Guerra). Se ha desempeñado como profesor asociado (Departamento de Sociología-Universidad Nacional / Universidad del Bosque); catedrático (Escuela Superior de Guerra); catedrático (Centro de Estudios Superiores Policía Nacional). Es miembro de la Comisión Especial para la Policía Nacional y Cofundador de la revista digital de análisis Razón Pública.

Una reminiscencia

Corría marzo de 1988. Temprano, “como los cánones mandan” tomé un vuelo para Arauca. Iba a esa capital de Intendencia, parte de los Territorios Nacionales, hoy asimilados enteramente a departamentos, para cumplir una tarea rutinaria del entonces muy activo Instituto de Estudios Liberales, fundado 6 años atrás por Alfonso López Michelsen. Como suelen ser las casualidades, a veces llegan duplicadas. En la cabina me encontré con Alfredo Molano, mi compañero de pupitre y amigo de toda la vida desde ese viaje iniciático vital, de los años de universidad.

No me extrañó mucho verlo porque viajar a los confines de Colombia era su misión de vida. Estaba conversando con un hombre ya mayor, bajo de estatura a quien le dijo: “mire Eduardo, este es mi amigo Armando Borrero, él es de Cúcuta”. Con una agilidad notable, giró el cuerpo y me dio un abrazo estrecho mientras exclamaba ¡callejenero! ¡callejenero! Bien, 25 años atrás, al interlocutor a quien él me presentaba, ya le había visto algunas veces y como dicen en Boyacá “lo distinguía”. En aquellos primeros años 60 frecuentaba la Facultad de Sociología, tanto por su vínculo con los autores de “La violencia en Colombia”, como por un trabajo temporal que tuvo en una encuesta del Centro de Investigaciones. Era Eduardo Franco Isaza.

¡Callejenero! El barrio El Callejón de Cúcuta era el sitio de una “corte de los milagros” y

en esa mezcla de malvivientes, contrabandistas y aventureros, se daba un ambiente propicio para tener a seguro, actividades de apoyo a las guerrillas del Llano. Allí escondían y cuidaban guerrilleros heridos o enfermos y allí, establecían contactos con resistentes, clandestinos también en su patria vecina, del partido venezolano Acción Democrática. Otra curiosidad: de ese barrio, más tranquilo en décadas anteriores, era nativo Marcos Pérez Jiménez, el dictador que combatían (no nació en Micheleno como lo inscribió su padre, pero es tema para otra crónica); liberales y adecos intercambiaban recursos, especialmente armas, de las que

tenían gran necesidad los guerrilleros del Llano.

La conversación duró el tiempo del vuelo. Le recordé a él, sogamoseño, el barrio Mochacá que le dio nombre a su comando. También allí, en la cuna de la “chicha roja” se escondían células guerrilleras y cadenas de apoyo. Cúcuta y Sogamoso como extremos de un arco trazado por el pie de monte llanero. Pero ¿a qué viene este recuerdo? Viene para recordarnos, a quienes nos ocupamos de estas historias, que, a pesar de haber tenido a la mano a muchos de sus protagonistas, nunca pudimos salir de la confusión de datos cruzados y dispares de lo que fue, en 1953,

Foto: <https://www.senalmemoria.co/timeline/paz-en-el-llano>



“... liberales y adecos intercambiaban recursos, especialmente armas, de las que tenían gran necesidad los guerrilleros del Llano”.

el proceso de pacificación de los Llanos y de sus antecedentes. Todavía se leen historias plagadas de inexactitudes, mitos y “prejuicios educados” convertidos en realidades.

Una discrepancia

Para dar una idea de los desacuerdos, basta examinar uno de los datos básicos de cualquier estudio sobre un conflicto armado: el tamaño de las Fuerzas enfrentadas. Cada historia escrita sobre las guerrillas del Llano tiene un conteo distinto. Algún autor decidió que el ejército había lanzado una operación desde Sogamoso, Pajarito abajo, hasta el Casanare, con 15.000 hombres. Esa fuente, convertida en secundaria y muy consultada, ha sido repetida hasta el cansancio, sin reparar en que eso hubiera implicado la reunión de casi todo el Ejército Nacional, con descuido total del resto del país, porque la Fuerza apenas llegaba en ese momento a un total calculado entre 16.000 y 17.000 hombres.

Con Alfredo Molano, quien incluyó esta cifra en uno de sus textos, tuvimos una discusión que no se pudo zanjar, porque la distancia de cifras era tan grande que no parecían referidas

al mismo fenómeno. Antonio Caballero en su último libro, incluía la cifra de 15.000 para el tamaño de la guerrilla y solo acotaré que, si hubiera sido así, habrían derrocado al gobierno conservador.

Por allá en el año 2014 intenté un cálculo fundamentado en 4 periódicos de alcance nacional que contenían información de cada una de las entregas de armas de 1953. Así, ajustando unas con otras, llegué a una conclusión provisional del número de guerrilleros efectivos (“enfusilados” es el neologismo colombiano) de entre 1.400 y 1.450 combatientes. Para muchos, esta cifra puede parecer corta, pero si se piensa en el país de hace 70 años, en lo despoblado que era el Llano en esos tiempos y, sobre todo, en la entidad de los combates que se registraron, la cifra es plausible. En un país de 11 millones de habitantes, una Fuerza de 1.400 guerrilleros era considerable.

Cuando en plan de explorar una posibilidad de conversaciones con el gobierno, Alfonso López Pumarejo se reunió con los guerrilleros en 1952, Eduardo Franco le pidió que los ayudara con la Dirección del Partido Liberal, a conseguir 5.000 fusiles para tener la posibilidad de acrecentar la Fuerza

“Es conocida la meticulosidad militar para estos registros y los oficiales que los hicieron no podían tener interés en disminuir el tamaño. Si de ganar méritos se hubiera tratado, les convenía más aumentarlo”.



Foto: <https://www.colombia.com/colombia-info/historia-de-colombia/presidentes-de-colombia/gustavo-rojas-pinilla/>



Foto: <https://www.univalle.edu.co/lo-que-pasa-en-la-u/lanzamiento-del-archivo-german-guzman-campos/>



Foto: <https://www.fundelt.com/excelencia-liderazgo-transformacion/cronicas-de-las-guerrillas-liberales-y-comunistas/>

guerrillera. López se desmontó del asunto con una respuesta elusiva: “yo no conozco un militar colombiano que sepa manejar 5.000 fusiles”.

Cuando en el año 2018 la Universidad del Valle publicó los documentos del archivo de Monseñor Germán Guzmán Campos referentes a la entrega de las armas, se pudo constatar que las actas levantadas por el Ejército con el registro de los guerrilleros que se presentaron y de las armas entregadas en cada oportunidad, sumaban 1.474. Como cosa curiosa, el capítulo inicial del volumen que contiene los archivos fotográficos y documentales de Guzmán, escrito por uno de los profesores del equipo que clasificó, analizó y publicó el volumen, juega en el relato con las versiones de

otros autores (Villanueva, Casas y Barbosa) pero no cita las cifras de las actas publicadas. Es conocida la meticulosidad militar para estos registros y los oficiales que los hicieron no podían tener interés en disminuir el tamaño. Si de ganar méritos se hubiera tratado, les convenía más aumentarlo.

Otra confusión se da alrededor de las orientaciones políticas y programáticas de los jefes guerrilleros. La guerrilla llanera fue liberal de identidad partidista exclusiva y de autodefensa en su conjunto. Hubo algunos dirigentes que soñaron con la creación de un ejército revolucionario que contribuyera a derrocar

“Dos personajes son claves para difundir ideas revolucionarias, en algún grado, entre las guerrillas. Eduardo Franco Isaza y José Alvear Restrepo. Este último, liberal gaitanista, el más claro y estructurado políticamente para proponer un horizonte nacional, que no es claro en Franco Isaza, y un ideario de transformaciones sociales”.



Foto: <https://www.justiciaypazcolombia.com/guadalupe-salcedo-unda/>

el gobierno conservador. Pero revolucionario en cuanto dirigido a tomar el poder para el otro partido tradicional, el liberal, cruelmente perseguido por un partido conservador dispuesto a permanecer en el poder a como diera lugar.

Unos hechos

Dadas estas consideraciones, no se puede negar que algunos de los comandos tuvieron posibilidades de avanzar en materia de propuesta de reformas sociales, pero no hubo tiempo, ni unidad de criterio, ni proyección nacional, ni organización que posibilitara el paso. Las leyes del Llano fueron un destello, pero unas jefaturas sin formación política no tuvieron contrapeso en los pocos jefes con miras de más alcance. Las

guerrillas, además, era liberal de sentimiento pero salidos de la pobreza, del analfabetismo y modelados por unas formas de vida en las que el arraigo social no fue necesidad dominante.

La organización guerrillera nació alrededor de familias terratenientes del Llano y del piedemonte. No todos los grupos, pero sí los primeros y sobre todo dos de los más fuertes, los de los Fonseca y los Bautista. Apellidos como Villamarín, Parra, Chaparro, Calderón, Ortega, Roa, Feliciano y Carreño, para enumerar algunos, dan la pista de las relaciones sociales que le dieron soporte a las primeras organizaciones. También combatientes de origen popular se encumbraron a los comandos por méritos de batalla, en la segunda fase, como Guadalupe Salcedo, Berardo

Giraldo "el tuerto" y Dumar Aljure.

Hasta aquí, no cabe en este artículo corto ir más lejos y entrar en detalles. Baste decir que los intentos de unificar los comandos y tener unidad de mando, eran todavía incipientes cuando se presentó el golpe del 13 de junio. Hubo dos reuniones importantes y dos "leyes del Llano" pero no cuajó completamente la meta de unidad y la transformación de las metas del movimiento guerrillero para ir más allá de la resistencia. Esto no quita que en la mente de algunos dirigentes estuviera naciendo un ideario de avances en lo social.

Dos personajes son claves para difundir ideas revolucionarias, en algún grado, entre

“¿Pesaría en Salcedo la conciencia de que tenía muchos crímenes anteriores al alzamiento, que no eran conexos con la militancia en una guerrilla? Era la oportunidad de enterrar un pasado muy pesado. O, sencillamente, su escasa formación política no le permitió ver más allá del cese de la persecución”.

las guerrillas. Eduardo Franco Isaza y José Alvear Restrepo. Este último, liberal gaitanista, el más claro y estructurado políticamente para proponer un horizonte nacional, que no es claro en Franco Isaza, y un ideario de transformaciones sociales. Para los Fonseca Galán, esto era comunismo. De manera igual lo califican los militares. Los Fonseca eran los más caracterizados defensores de un horizonte de resistentes, de guerrilla como refugio para frenar la persecución, pero nada más. Como terratenientes que eran, sabían y padecían las pérdidas que la situación reinante implicaba para la economía del Llano y para su bolsillo familiar, habida cuenta de los obstáculos que el conflicto ponía en el negocio del ganado.

El otro grupo familiar de importancia fue el de los Bautista. Eran terratenientes en el piedemonte llanero, en los límites de Boyacá y el Casanare. Cada hermano tenía bajo su jefatura, un comando. Antes de los sucesos que interesan acá, fueron asesinados, uno tras otro, por los propios subalternos, hastiados de los malos tratos que recibían de los jefes. Muerto el primero —Pablo—, entendieron los rebeldes que debían deshacerse de los tres restantes con

mando, o la venganza los castigaría con la muerte. Con astucia los fueron eliminando y las guerrillas quedaron en parte, bajo el comando de los Parra.

Como se observa, la identidad de los grupos no se refiere como se ve, a mitos políticos o regionales, sino a la filiación familiar de los comandantes. Eduardo Franco es el primero que da

una denominación distinta a su comando, Comando Mochacá, nombre del, ese sí mítico, barrio de artesanos liberales en el Sogamoso de aquellos tiempos.

El gobierno recién instaurado ofrece su lema “Paz, Justicia y Libertad” y Rojas Pinilla pronuncia aquellas palabras de “no más sangre, no más depredaciones en nombre de ningún

Foto: <https://www.justiciaypazcolombia.com/guadalupe-salcedo-unda/>



partido...” Los Fonseca Galán se apresuran a aceptar la promesa de cese de las persecuciones al pueblo liberal.

Un dato que da idea de las confusiones y de los obstáculos para analizar la situación creada por el golpe militar, es el encuentro con el gobierno nuevo. Los guerrilleros se reúnen el 10 de junio, el golpe de Estado se da el 13 de junio y los guerrilleros reunidos se enteran del cambio de gobierno el 18 de junio. De manera resumida, los contactos empezaron casi de inmediato, en buena parte por iniciativa de los Fonseca Galán. El presidente Rojas comisionó al General Alfredo Duarte Blum, Comandante del Ejército

para dirigir el proceso de paz.

Ahora bien, desde el principio quedó claro que la oferta del Gobierno se limitaba a detener la persecución y dejar en libertad a los guerrilleros que entregaran sus armas. Llama la atención que, en los documentos oficiales, no se les concede estatus político. Los términos utilizados para denominar a los rebeldes son los de “facinerosos” y “bandoleros”. Las comunicaciones militares, v.gr., las del entonces Coronel Alfonso Saiz Montoya, Jefe Civil y Militar del Llano (años más tarde ministro de guerra del gobierno Lleras Camargo) las del Teniente Coronel Olivo Torres Mojica y las del Mayor Hernán Padilla Silva,

usan estos términos.

El proceso solo tiene dos tanqueras: una muy breve, de parte de Eduardo Franco Isaza y otra más seria, de José Alvear Restrepo. Aislado Franco en Venezuela, sin comunicación fácil con Guadalupe Salcedo, elegido como Comandante Supremo de las Fuerzas Revolucionarias de los Llanos Orientales de Colombia, en ese mismo junio de 1953, solo pudo objetar el momento de su entrega, que consistía en pasar, de su asilo en Puerto Páez, a Puerto Carreño en la otra orilla del Orinoco, con el argumento de esperar hasta que el gobierno emitiera el decreto de amnistía. Guadalupe admiraba





Foto: <https://www.facebook.com/photo/?fbid=149816783291134&set=gm.617564625517803>

“Para la dirigencia liberal, el movimiento guerrillero del Llano fue una incomodidad que no pudieron manejar en el dilema entre prevenir la revolución social y no estimular la violencia, y tampoco perder la adhesión de las masas populares”.

a Alvear Restrepo, y era muy influido por este. Alvear se oponía a la entrega de las armas y planteaba una negociación con el nuevo gobierno. Entretanto, la Dirección Nacional del Partido Liberal, que nunca se comprometió con la guerrilla (“ni autorizamos ni desautorizamos” es la frase más comentada) acogía la entrega y miraba para el lado de una posible cooperación con Rojas.

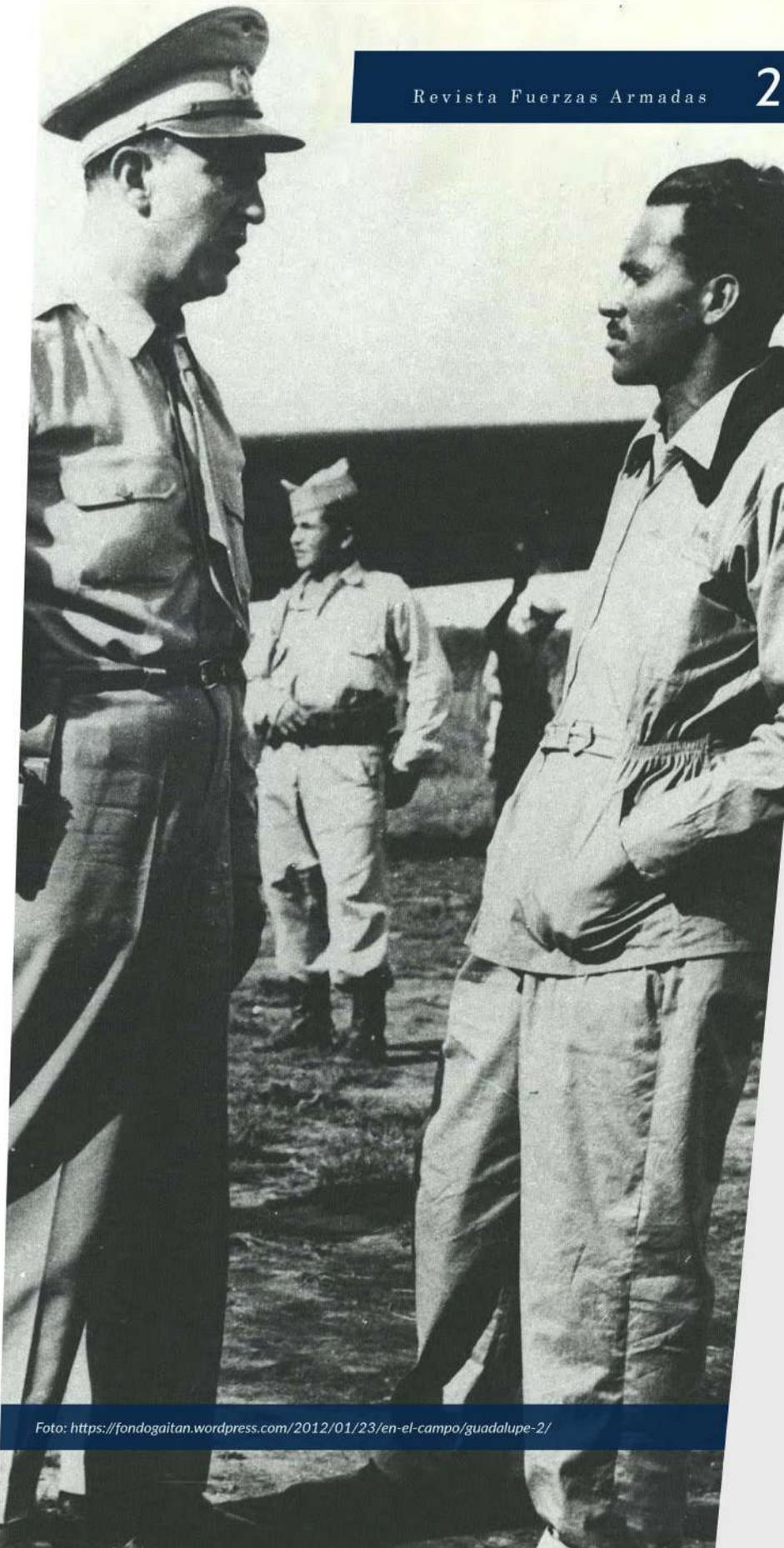
Los hechos se precipitaron. La inmensa mayoría de los guerrilleros no tenía formación política, ni educación, ni otra experiencia del mundo que su Llanoy la vaquería. Guadalupe Salcedo se había comprometido a fondo con la rebelión, pero tenía un pasado criminal impresentable. Alvear murió y los textos, casi siempre usan la expresión “en extrañas circunstancias”. Si las hubo, nunca se sabrá.

Se sabía, eso sí, que los Fonseca Galán lo odiaban y lo calificaban de comunista (como descalificación que no muere en Colombia). De las hipótesis de lo sucedido, la primera es la que responsabiliza a Eulogio Fonseca. Otra hipótesis es conspirativa, la del clásico “que parezca accidente” y vincula al Teniente Coronel Olivo Torres con los Fonseca y los Parra, quienes habrían dispuesto una canoa “preparada” para naufragar cuando ese “comunista” se embarcara para moverse por el río Meta. Esta deja muchas dudas. No tiene mucho sentido “preparar” una canoa para que naufrague. En primer lugar, ponía en peligro a los guerrilleros acompañantes, quienes, se supone estaban comprometidos en el complot y

por eso no auxiliaron a Alvear. Por buenos nadadores que fueran, si el fallo se producía en la mitad del río, podía resultar fatal para uno o varios. La "preparación" no podía calcular el momento crítico. Comprometer a un oficial con quien se estaba negociando, sería una imprudencia innecesaria. Además, resulta muy elaborada la trampa para gentes acostumbradas a disponer de la vida de otros con métodos más expeditos.

Otra hipótesis predica que los guerrilleros acompañantes de Alvear "trambuquearon" la canoa y como Alvear no sabía nadar, lo desampararon intencionalmente y se ahogó. Finalmente, se puede pensar que hubo un accidente causado por un remolino, o por choque con un tronco, o por un movimiento inoportuno de algunos de los viajeros, que desequilibrara la canoa y nadie reparara en algo distinto de su propia salvación. A menos que algún día aparezca un documento fiable, lo que no parece posible, ya nunca se sabrá la verdad. Lo cierto es que ese 19 de agosto de 1953 desapareció el principal oponente a una entrega de armas inmediata. Vuelvo al principio de este artículo: los protagonistas estuvieron a la mano, pero nadie recogió al completo la información. O, tal vez, hubo mucho para ocultar.

Lo que siguió es difícil de comprender. El Ejército no disimuló que se trataba de una amnistía a cambio de las armas y la desmovilización. Nada más. Tan claro como la encerrona de Monterrey. Allí, los guerrilleros que acudieron a reunirse con



los oficiales fueron rodeados por 500 soldados. Técnicamente, estaban presos. A pesar de eso, Guadalupe Salcedo expresó su aceptación de la entrega de las armas. En ese momento su posición fue igual a la de los Fonseca. Otra incógnita: ¿qué lo movió a cambiar su posición?

Cabe entonces indicar que días antes había estado tratando de comunicarse con Eduardo Franco, quien estaba aislado, apartado en Venezuela, en el entendido de que Franco no estaba de acuerdo con la entrega sin condiciones y sin normas claras. ¿Pesaría en Salcedo la conciencia de que tenía muchos crímenes anteriores al alzamiento, que no eran conexos con la militancia en una guerrilla? Era la oportunidad de enterrar un pasado muy pesado. O, sencillamente, su escasa formación política no le permitió ver más allá del cese de la persecución. Las preguntas también abundan en este caso. Años después, poco antes de su muerte, dijo que los habían engañado.

Un cierre

El Brigadier General Alfredo Duarte Blum se llevó los méritos de la pacificación y fue una de las figuras más populares del gobierno de las Fuerzas Armadas. Fue hábil para generar confianza sin prometer más de lo que el gobierno estaba dispuesto a dar. En los documentos oficiales, especialmente en el muy revelador informe del Coronel Alfonso Saiz Montoya quedó bien claro cuál era el límite de lo ofrecido. El informe considera que había resistencia y mala fe en los cabecillas



de la revolución y justifica así la encerrona que se les hizo. Textualmente reza:

[...] el Comando buscó la manera de reunirlos y una vez alcanzado este objetivo ejerció sobre ellos una fuerte acción psicológica sin que en ningún momento se empleara violencia física ni maltratos de palabra. El objetivo por alcanzar era demasiado grande para poder permitir que la voluntad de veinte facinerosos se interpusiera entre las garantías ofrecidas por el Gobierno y la voluntad del pueblo llanero, en especial, y el de Colombia en general para entregar las armas. (Archivo Guzmán Campos. Emma Zapata *et al.*, 2018)

La conclusión es clara: fue una rendición incondicional ante la sensación de haber logrado el mínimo propuesto por quienes se lanzaron a la revuelta; mantenerse con vida, proteger a la familia y sus bienes (cuantiosos en algunos jefes, miserables en la peonada) y eventualmente, como entrevieron algunos, derribar un gobierno.

Adicionalmente, contó mucho que los liberales hubieran acariciado como fórmula para salir de la persecución, la muerte y el despojo, la posibilidad de un golpe militar. Lo intentaron en 1949, pero la forma chapucera de abortarlo resultó peor.



Soñaron con un momento como el del 13 de junio y no les importó que el nuevo gobierno siguiera siendo sostenido por el partido conservador y no les diera participación. Para la dirigencia liberal, el movimiento guerrillero del Llano fue una incomodidad que no pudieron manejar en el dilema entre prevenir la revolución social y no estimular la violencia, y tampoco perder la adhesión de las masas populares.

A la distancia temporal, las guerrillas del Llano adquieren visos de leyenda, pero al entrar en los entresijos de la historia menuda, el mundo que se encuentra está lleno de miserias humanas. El horror de la persecución gubernamental entre 1946 y 1953, y los horrores de las pugnas internas en la resistencia llanera, claman por un esclarecimiento aleccionador.

Es mucho lo que hay por relatar y un artículo como este no pretende más que introducir la inquietud. Es difícil tratar el tema de manera separada de la emoción. Para quienes somos lo suficientemente viejos, los recuerdos de la época siguen atormentándonos. Más

a quienes fuimos víctimas en algún grado del desarraigo y el despojo. La construcción de una sociedad nueva necesita verdad y lecciones aprendidas. Convivir es una tarea que no se puede dejar a los azares de dejar los antecedentes históricos sin crítica. Sin esta, no se aprende.

La desmovilización guerrillera llevó, unos años más tarde, a un experimento interesante que fue la vinculación de exguerrilleros a una fuerza de seguridad rural en los Llanos Orientales. En 1958 el recién inaugurado gobierno de Alberto Lleras creó una pequeña unidad especial de la Policía Nacional, inicialmente de 30 hombres, con el nombre Cuerpo de Carabineros del Casanare, destinado a reforzar la seguridad en los Llanos Orientales. La experiencia resultó exitosa y dos años después, por iniciativa del coronel Eduardo Román Bazurto, quien había organizado una guardia cívica en El Yopal, el gobierno autorizó un cuerpo de 160 exguerrilleros como Servicio de Seguridad Rural de los Llanos Orientales. Se dispuso que este grupo dependiera del DAS y contara con la colaboración de la Policía Nacional.

El DAS rural, como se le conoció, fue un éxito en aquellos tiempos. Los viejos llaneros recuerdan cómo, muy pronto, desapareció el abigeato. Los miembros de ese cuerpo conocían palmo a palmo los vericuetos de la tierra que habían caminado como vaqueros y visto con ojos de guerrilleros. Exguerrilleros cuidando a exguerrilleros, ironizó alguien, porque los hubo también en el robo de ganado que fue estimulado por los mejores precios de las reses en Venezuela. Siempre los desbalances del mercado en la frontera han generado contrabando. No faltaron quejas de parcialidad del cuerpo, sobre todo en las operaciones de revisión de las marcas cuando se movilizaban los rebaños para la venta, en el sentido de hacerlas más fáciles para los grandes terratenientes y muy rigurosas para los llaneros pobres. Eterno problema del Estado colombiano en el difícil encuentro de la fuerza pública con la población del campo. Pero éste es tema para otro escenario. La lección fue positiva en términos generales y debe ser evaluada con miras a procesos de pacificación futuros. 🐾

REFERENCIAS

Franco Isaza, E. (1956). Las guerrillas del Llano. Caracas: El Nacional

Villamizar, D. (2017). Las guerrillas en Colombia. Bogotá: Random House

Villanueva Martínez, O. (2014). Guadalupe Salcedo y la insurrección llanera, 1949-1957. Bogotá: Universidad Nacional

_____. (2012). El Capitán Dumar Aljure: vida y muerte de un hombre rebelde. Bogotá: Universidad Distrital, 2a. edición

Zapata, E. et al. (2018). Entrega de armas de las guerrillas del Llano. Sep.-Oct. 1953, Archivo Germán Guzmán Campos. Cali: Universidad del Valle